

MEMORIA DE LA II GUERRA MUNDIAL

1939 / 1945

CAPITULO 8

COLECCIONABLE Página/12

En esta última entrega se estudian las consecuencias de la guerra. El historiador Paul Preston enfoca su trabajo sobre los aspectos políticos, en tanto que Juan Pablo Fusi, director de la serie, lo hace sobre la vida cultural de los años de la posguerra que han moldeado la Europa moderna. El capítulo termina con la biografía de Roosevelt que, como las restantes, se debe a la pluma de Fusi.

El general Eisenhower. (US Army Art Collection).

LAS CONSECUENCIAS Y LAS RESPUESTAS

EL IMPACTO POLÍTICO DE LA GUERRA

EL DOMINIO MUNDIAL QUEDÓ EN MANOS DE ESTADOS UNIDOS Y SE INCREMENTÓ LA IMPORTANCIA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA. GRACIAS AL DECLIVE DE LOS IMPERIOS COLONIALES, SE HIZO POSIBLE EL AUGE DE JAPÓN Y CHINA. LA DETERMINACIÓN DE SUPERAR LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA PROMOVIÓ LA FORJA DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA

PAUL PRESTON

PABLO PICASSO / CHÂTEAU DE VALLAURIS



El efecto inmediato de la guerra fue la devastación y, con ella, el caos económico y político. En total, parece que murieron casi sesenta millones de personas. Sólo en la Unión Soviética había habido casi veinticinco millones de muertos, aproximadamente un tercio de ellos soldados y el resto civiles. Fue una pérdida cuyas traumáticas reverberaciones iban a determinar gran parte de la subsiguiente política soviética. En Alemania hubo más de seis millones de muertos, y quedó dividida. Polonia, como consecuencia de la política racial alemana, había perdido a seis millones de habitantes. Francia y Yugoslavia perdieron cada una a dos millones de personas. Italia había perdido a cerca de 500.000; Gran Bretaña, 325.000; Estados Unidos, casi 300.000. En Japón había habido dos millones de muertos. Los cálculos sobre China van de los cinco a los quince millones. Millones de ex prisioneros de guerra, trabajadores forzados y reclusos de campos de concentración erraban por Europa como refugiados desamparados. El trauma de un derramamiento de sangre tan masivo puede apreciarse en la voluntad generalizada de crear instituciones que evitaran futuras guerras mundiales.

WILLEM DE KOONING / MOMA / AISA

Muchas ciudades y pueblos de toda Europa y Asia sufrieron un daño físico masivo, y sus fábricas y viviendas quedaron destruidas. Las infraestructuras de comunicaciones habían quedado destrozadas, y millones de toneladas de mercancías se habían hundido en el mar. Alemania había financiado su esfuerzo bélico saqueando eficazmente a los conquistados y explotando brutalmente los acuerdos comerciales con sus países satélites. Al final de la guerra, Alemania y Europa del Este estaban en ruinas. La Unión Soviética estaba hecha pedazos económicamente por el esfuerzo bélico. Gran Bretaña arrastraba pesadas deudas de guerra. Otros contendientes, como Francia e Italia, estaban arruinados financieramente. Sólo Estados Unidos salió con su economía fortalecida: en 1945 poseía dos tercios de las reservas mundiales de oro y producía la mitad de las manufacturas del mundo. Los costes económicos de la guerra tendrían consecuencias muy profundas. No sólo el dominio mundial quedó en manos de Estados Unidos y se incrementó enormemente la importancia relativa de la Unión Soviética, sino que también, gracias al declive de los viejos imperios coloniales, se hizo posible el auge de nuevas grandes fuerzas como Japón y, con el tiempo, China. La determinación de superar las consecuencias de la guerra también estuvo en gran parte detrás de la forja de la integración europea.

Los costes humanos y económicos de la guerra plantean la cuestión de si fue una victoria pírrica. Tanto Alemania con el Reich de los Mil Años como Japón con la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental habían abrigado ambiciones de enormes imperios, mayores y más explotadores que cualquiera de los que el mundo había visto. El virtual imperio esclavista en Asia concebido por los japoneses no era menos ambicioso que los planes de Hitler para el Tercer Reich. El bárbaro nuevo orden mundial implicaría el aniquilamiento de razas enteras mediante la esterilización ▷

Hombre y mujer

En la iconografía picassiana se pueden descubrir trazos del hombre primitivo o de los carros asirios con los que el artista satanizó la guerra. En la viñeta, *Mujer I*, del holandés Willem de Kooning.





▷ o la muerte y un parasitismo económico despiadado en los países satélites y las colonias de toda Europa, Oriente Próximo y África. En esencia, la paradójica unidad de fuerzas capitalistas y comunistas contra Alemania y Japón se fraguó precisamente con el miedo a la atroz edad de las tinieblas que se perfilaba en el horizonte.

No obstante, los costes económicos fueron tales que a los contendientes europeos les resultaba cada vez más difícil aferrarse a sus posesiones coloniales. La reconquista de su independencia por parte de Etiopía y la nueva independencia de Libia y Somalia dividieron inmediatamente el imperio italiano. La recuperación por parte de Francia de sus colonias africanas y asiáticas durante la posguerra sólo retrasó lo inevitable. Una tras otra, las colonias británicas fueron declarando su independencia: Suráfrica, India, Egipto, Ghana. Ese proceso, unido a la necesidad de encontrar un hogar para los judíos europeos supervivientes del Holocausto, hizo posible la creación de Israel, que sería causa, a su vez, de desórdenes en la región.

La consecuencia más profunda de la Segunda Guerra Mundial fue que el mundo posterior a 1945 se hizo esencialmente bipolar. La hegemonía de las grandes potencias europeas había terminado. Francia se aferraba desesperadamente a su imperio de ultramar, pero no era más que una potencia de categoría media. Gran Bretaña estaba agotada económicamente a causa del esfuerzo bélico y sin la ayuda masiva de Estados Unidos era incapaz de mantener su poder militar ante el deterioro de las relaciones con la Unión Soviética y (la necesidad de) defender su extenso imperio. Difícilmente podía sorprender que Estados Unidos, dado su colosal poderío económico y militar, llenara el vacío de poder en el mundo. La agresión del Eje había hecho que tanto Estados Unidos como la Unión Soviética se implicaran en Europa occidental. El ataque a Pearl Harbor había puesto fin al aislamiento estadounidense. El miedo a un ataque similar por sorpresa movía la máquina militar, cada vez mayor, construida para contener la presentida amenaza de la Unión Soviética.

Como consecuencia de la victoria sobre Alemania, las fronteras rusas se habían expandido hacia el Oeste hasta quedar como en 1815. La incorporación de los Estados bálticos de Estonia, Letonia y Lituania y las zonas anexionadas de Finlandia, Polonia, Checoslovaquia y Rumania dieron a la URSS unas fronteras coherentes. Además, la URSS ampliada estaba rodeada de una serie de países satélites subordinados: Polonia, Alemania del Este, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria. Una feroz represión del nivel de vida, respaldada por el terror de Estado, fue la base para una posterior industrialización forzosa. El enfrentamiento entre los dos nuevos super-Estados iba a dividir Europa y Asia a lo largo de los 40 años siguientes en lo que fue fundamentalmente una lucha por la superviviencia entre dos sistemas políticos, económicos y sociales antagónicos. Estados Unidos, que no habia sufrido los daños de la guerra y cuya economía crecía rápidamente, partía con clara ventaja, mientras que la URSS había perdido a millones de trabajadores productivos y había visto cómo su agricultura, su industria, sus viviendas y sus redes ferroviarias eran devastadas. Sin embargo, Stalin, tan temeroso de Occidente como Occidente de él, estaba decidido a mantener sus efectivos militares al máximo nivel posible.

La marca de un pintor

Marc Chagall pasó el conflicto en Estados Unidos, en donde en 1943 concibió este cuadro que representa la guerra y que ofrece los constantes elementos estéticos y simbólicos del pintor de origen ruso.

El teatro en el que se llevaría a escena la hostilidad de las superpotencias no sería sólo Europa del Este. El coste para las democracias europeas de la guerra contra el Eje iba a disminuir drásticamente sus medios para mantener su imperio colonial. En Asia, el imperialismo japonés se había ocultado tras una retórica de "Asia para los asiáticos". Aunque el salvajismo de la política colonial japonesa había dado un mentís a esa retórica, las victorias japonesas contra los franceses en Indochina, los británicos en Malasia, Singapur y Birmania, y contra los holandeses en las Indias Orientales habían dado un impulso significativo al nacionalismo asiático. Cuando Japón se rindió en 1945, los movimientos nacionales armados de resistencia, más que los viejos amos coloniales, fueron los beneficiarios en grandes zonas del sureste asiático todavía bajo control japonés. La victoria de la alianza circunstancial del partido comunista de Mao Zedong y de Chiang Kai-chek quitó de en medio a los japoneses y abonó el terreno para una guerra civil en China. En Indochina, el partido comunista de Ho Chi Minh se impuso a otros rivales nacionalistas y declaró la independencia del país en septiembre de 1945, principio de una larga guerra de guerrillas contra los franceses. La Unión Soviética y Estados Unidos se repartieron Corea estableciendo el paralelo 38 como línea divisoria. Todo estaba listo para el nacimiento de un Tercer Mundo que ni las potencias occidentales ni la Unión Soviética controlarían totalmente.

Los costes económicos y humanos de la guerra mundial plantean la cuestión de si se trató de una victoria pírrica

En cierto modo, podría argumentarse que la guerra fría empezó con la revolución rusa de octubre de 1917. Los Estados europeos occidentales, ya fuera mediante la agresión abierta de las potencias fascistas o mediante la hostilidad más encubierta de las democracias, llevaban mucho tiempo oponiéndose a la URSS. Sin embargo, Estados Unidos había seguido una política de aislamiento continental y no se implicó en la guerra hasta 1941. Incluso entonces, hasta que los integrantes de la circunstancial alianza bélica contra Hitler empezaron a trazar planes para la futura posguerra, no se descubrió la posibilidad de que estallaran conflictos. La alianza se mantuvo unida hasta la caída de Japón a principios de septiembre de 1945. Después tuvieron que transcurrir dos años de severa sovietización en Europa del Este para que una tibia alianza se convirtiera en una guerra fría. Una de las razones de la tardanza fue que, durante la guerra, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos se había hecho una enorme inversión en propaganda popular para borrar el sentimiento antisoviético de los años de entreguerras y para presentar a Stalin y la URSS como valiosos aliados. Eclipsar esa propaganda iba a llevar algunos años.

En Bulgaria, Rumania, Alemania Oriental, Polonia y, posteriormente, en Checoslovaquia y Hungría, los partidos democráticos fueron eliminados antes de que el dominio soviético se impusiera por completo. Estados Unidos, alarmado por esto y por la presión soviética para obtener bases en Noruega y Turquía, aceptó el liderazgo económico mundial. No sólo su economía suponía casi el 50% de la producción industrial mundial, sino que en la conferencia de Bretton Woods de julio de 1944, las potencias occidentales habían aceptado un nuevo sistema internacional con un Banco Mundial y un Fondo Monetario Internacional. El llamado sistema de Bretton Woods, junto con el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), supuso la base para el nuevo orden mundial capitalista y creó un marco para el acceso a materias primas y la expansión de las exportaciones y los mercados estadounidenses. Los objetivos interrelacionados de una mayor expansión económica y la defensa de lo que se dio en llamar el *mundo libre* frente a las incursiones soviéticas exigían el renacimiento económico de Europa occidental. Por otra parte, los avances tecnológicos impulsados por la guerra tuvieron un impacto ▷

▷ económico drástico. El radar y la invención del motor a reacción hicieron posible el crecimiento de la aviación civil de la posguerra. Los ordenadores se desarrollaron a partir de las primeras máquinas para descifrar códigos.

Estados Unidos asumió el liderazgo político que correspondía a su poder económico como consecuencia del abandono de Gran Bretaña de su anterior posición de supremacía mundial. Gran Bretaña, cuyos recursos económicos habían quedado agotados por la guerra, se tambaleó al tener que enfrentarse a revueltas nacionalistas en Egipto y en la India a la vez que trataba de mantener un imperio en África y Extremo Oriente. En 1947, los británicos se vieron obligados a reconocer que ya no podían apoyar al Gobierno griego en su lucha contra los comunistas, ni respaldar a los turcos frente a las presiones soviéticas. Truman se sintió obligado a rellenar la brecha en el Mediterráneo oriental antes de que lo hiciera Stalin. De acuerdo con ello, el 12 de marzo de 1947 fue anunciada la *doctrina Truman*, por la que Estados Unidos se comprometía a ayudar a los "pueblos libres" contra las *minorías armadas* y las *presiones externas*. Para lograr apoyo en el Congreso para esa política, Truman tenía que sustituir los restos de simpatía por el aliado de Estados Unidos en la guerra por el miedo a la agresión soviética. En ese sentido, la *doctrina Truman* fue el origen de la guerra fría, el comienzo de una cruzada del bien contra el mal.

La consecuencia más profunda del conflicto fue que el mundo posterior al año 1945 se hizo esencialmente bipolar

La *doctrina* fue consolidada poco después por el anuncio —realizado en Harvard el 5 de junio de 1947 en un discurso del general George C. Marshall, el secretario de Estado de Truman— de un programa de ayuda económica masiva de Estados Unidos para ayudar a reconstruir las economías europeas asoladas por la guerra sobre la base del capitalismo de libre mercado. Teóricamente, aquel Programa de Recuperación Europea, conocido como Plan Marshall, estaba también abierto a la URSS. Es poco probable que el Congreso norteamericano hubiera apoyado nunca una ayuda así, pero la decisión fue tomada por Stalin, que entonces estaba imponiendo la más rígida de las centralizaciones en el bloque soviético. Al negar el permiso a sus satélites de Europa del Este para aceptar la ayuda del Plan Marshall, Stalin consolidó la división de Europa en dos bloques. Una vez tomada esa decisión, el dominio total soviético se impuso bajo el nombre de "democracia popular" en Hungría, Polonia, Rumania y Checoslovaquia. A su vez, los aliados occidentales se esforzaron frenéticamen-









RENATO GUTTUSO / RACCOLTA DELLA RAGIONE

te por reconstruir la economía de las zonas de Alemania ocupadas por ellos.

Como paso para la eliminación del mercado negro y la creación de un nuevo Estado en Alemania Occidental, crearon un nuevo marco alemán. En julio de 1948, cuando decretaron su utilización en los sectores occidentales de Berlín, Stalin respondió burlándose de los acuerdos sobre el libre acceso a Berlín e imponiendo un bloqueo con tanques. Truman y sus asesores, al carecer de suficientes fuerzas blindadas para arriesgarse a un enfrentamiento directo, respondieron con un gigantesco puente aéreo de alimentos y combustible. Aquella acción fue tan popular que, en noviembre de 1948, Truman fue reelegido presidente. El bloqueo de Berlín fue un paso más en la división del mundo. Impulsó a las potencias occidentales a acelerar la conversión de sus zonas de ocupación en una nueva República Federal de Alemania, a lo que Stalin respondió permitiendo a los comunistas de Alemania Oriental crear una República Democrática Alemana. En abril de 1949 se estableció una alianza militar permanente entre Estados Unidos y las demás democracias occidentales bajo la forma de una Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). En mayo de 1949, Stalin abandonó el bloqueo.

Aquella victoria occidental se vio compensada por la creación, por Mao Zedong, de la República Popular China a principios de octubre de 1949. Mao no era una marioneta de Stalin, pero a Occidente le pareció que una enorme zona del mundo había caído en la órbita de la URSS. La explosión, poco después, de un artefacto nuclear soviético preocupó seriamente a muchos en Occidente. Para una gran parte de la derecha de Estados Unidos, encabezada por el senador Joseph McCarthy, ambos desastres eran consecuencia de la traición de enemigos internos. La consecuencia fue una caza de brujas interna y un refuerzo masivo de las fuerzas militares convencionales, las armas termonucleares y los organismos de seguridad.

En ese clima, el 25 de junio de 1949, Stalin y Mao apoyaron un ataque contra Corea del Sur por parte de Kim Il-sung, de Corea del Norte. Truman respondió con el envío de suministros y, más tarde, de 350.000 soldados norteamericanos que combatieron junto a 400.000 surcoreanos y otros 44.000 soldados de Naciones Unidas. Inicialmente consiguieron que los invasores retrocedieran hasta el paralelo 38, pero el general Douglas MacArthur trató de contener el control comunista en el Nor- ▷

Matanza en Italia

El pintor Renato Guttuso pintó *La matanza* en 1943, expuesta en Florencia. El arte que se produjo en la guerra y en los años siguientes no hubiera sido del agrado de la mentalidad nazi.







KOKOSCHKA / KUNSTHAUS DE ZURICH



▷ te, con lo que provocó una intervención militar masiva de China. Tras ello, Truman se conformó con una guerra limitada destinada a estabilizar el frente en el paralelo 38. Stalin animó a los norcoreanos a seguir luchando, con la esperanza de que Estados Unidos quedaría debilitado en Europa por el desgaste en Asia. Los coreanos se vieron obligados a acudir a la mesa de negociaciones por la voluntad de usar armas nucleares expresada por el general Dwight Eisenhower, que ganó las elecciones presidenciales norteamericanas de 1952. La muerte de Stalin, el 5 de marzo de 1953, también llevó un elemento de flexibilidad, ausente hasta entonces, al bando soviético.

En la Europa del Este, los partidos democráticos fueron anulados antes de que los soviéticos impusieran su dominio

Sin embargo, durante décadas después de la guerra de Corea, existió en Washington una tendencia a ver todas las iniciativas comunistas como parte de un plan siniestro orquestado por el Kremlin. Consecuentemente, Estados Unidos no sólo apoyó a las asediadas fuerzas de Chiang Kai-chek en Formosa, sino que también prestó ayuda a los franceses en su lucha en Indochina para doblegar a las fuerzas de Ho Chi Minh, y ayudó a los británicos a aplastar a los comunistas en Malasia. Cuando los franceses fueron derrotados en Dien Bien Phu en mayo de 1954, se vieron obligados a retirarse de Indochina. En la conferencia de paz de Ginebra, Laos y Camboya se convirtieron en Estados neutrales independientes. Vietnam fue dividido a lo largo del paralelo 17.

La magnitud de la voluntad norteamericana de contrarrestar la influencia soviética era tal que el ataque de Corea del Norte contra Corea del Sur involucró al Gobierno de Washington en el sureste asiático. Estados Unidos aumentó masivamente los gastos militares y estableció un círculo de bases alrededor de la Unión Soviética. Irónicamente, en este contexto de tensión global y numerosos conflictos poscoloniales localizados que se cobraron millones de vidas, Europa conoció una prosperidad sin precedentes y el periodo de paz más largo de la historia moderna. La Segunda Guerra Mundial había mostrado cómo la fuerza del nacionalismo podía llevar a poderosos Estados industriales a destructoras guerras de aniquilación. La consecuencia fue una determinación no sólo de llevar a cabo la reconstrucción tras la guerra, sino también de elaborar mecanismos institucionales para garantizar que algo así no volviera a suceder. El proceso de integración europea surgió del deseo de acabar con el poder del Estado nacional. El éxito económico y social de Europa occidental contrastó fuertemente tanto con la experiencia soviética de privaciones económicas y terror político sistemático como con la abundancia de guerras locales —ya fueran luchas de liberación antiimperialistas o, mucho más reciente, enfrentamientos entre nacionalismos resurgidos— en las que las superpotencias intervenieron para defender sus intereses. □

Periat Judeus

Kokoschka creó *¿Por qué combatimos?* en 1943 (arriba). Las letras P y J del hombre torturado significan *periat judeus* (perezcan los judíos). A la derecha, *Eyes in heat*, de Pollok.





IDEAS PARA DESPUÉS DE UNA GUERRA

LA GUERRA DIO UN LEGADO MORAL COMPLEJO —EL HEROÍSMO DE LA CONTIENDA, LA RESISTENCIA Y LA VICTORIA SOBRE LA AGRESIÓN NACIONALSOCIALISTA, PERO TAMBIÉN EL HORROR DE AUSCHWITZ E HIROSHIMA— Y GENERÓ UNA CULTURA IGUALMENTE COMPLEJA Y AUN MORALMENTE CONTRADICTORIA Y PROBLEMÁTICA

JUAN PABLO FUSI

Pensamiento, arte y literatura fueron la expresión del polémico y confuso legado moral dejado por la guerra. El resultado en los años 1945-1950, los más inmediatamente condicionados por la experiencia bélica, fue una cultura rica y compleja, abierta y plural, incluso contradictoria y problemática, como complejo y contradictorio fue el mundo (y la realidad social) de la posguerra, y más aún, la capacidad creativa de intelectuales, escritores y artistas.

Las perspectivas por las que discurrió la cultura de la posguerra fueron en realidad sustancial y reveladoramente diversas. La respuesta de la filosofía francesa a la II Guerra Mundial fue, ciertamente, el existencialismo (la filosofía y la literatura de Sartre, Camus, Simone de Beauvoir y Merleau-Ponty, la escultura de Giacometti, la pintura de Dubuffet), respuesta que pudo, además, trascender el ámbito francés, pues su énfasis en la inutilidad y absurdo de la existencia y su visión negativa de la condición humana pareció reflejar el esperable pesimismo de la conciencia europea ante el horror de la guerra. En el Reino Unido no faltaron visiones angustiadas y desoladas de la realidad: por ejemplo, la pintura de Bacon. Pero el existencialismo careció de sentido e interés para la filosofía británica. A Alfred Ayer, profesor de filosofía en la Universidad de Londres entre 1946 y 1959, autor en 1936 de la mejor exposición moderna del empirismo lógico *(Lenguaje, verdad y lógica)*, el existencialismo le parecía, sencillamente, "un abuso del verbo ser". Bertrand Russell (premio Nobel en 1950) se ocupó de cuestiones relativas a la naturaleza del conocimiento científico *(El conocimiento humano,* 1948) o, en las charlas y conferencias de alta divulgación que fundamentaron su inmensa popularidad, de temas *débiles* (la felicidad, el envejecimiento, el sexo, la religión), que trataba con irónico sentido común y elegancia y lucidez admirables, características esenciales de su pensamiento. Ryle, autor de *El concepto de lo mental* (1949); J. L. Austin, el más influyente filósofo de Oxford entre 1945 y 1960, y el último Wittgenstein, el Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* (1953), trabajaron en la posguerra sobre la relación entre lenguaje ordinario y la argumentación de las proposiciones filosóficas, sobre cuestiones de lógica y método, al margen, por tanto, de preocupaciones existenciales.

Crucifixión y mar muerto

Bacon es uno de los pintores que llenan una época en el arte de la posguerra. A la izquierda, *Estudio de figura (II) para una crucifixión*. En la viñeta, detalle de la obra *Mar muerto*, de Paul Nash.



Para los intelectuales franceses e italianos —y para algunos escritores alemanes de la inmediata posguerra como Boll y Grass—, el legado de la guerra y de la resistencia fue la idea del compromiso moral y político con la revolución. En Francia e Italia, dada la fuerza electoral que los partidos comunistas tuvieron a partir de 1945, ello llevaba consigo a menudo la cuestión de la militancia comunista y los di- ▷

▷ lemas de conciencia (individualismo y partido, justicia y libertad, poder y ética, pragmatismo e ideal) que de ahí se derivaban. Éstos fueron los temas que, bajo una forma u otra, afloraron en las obras que Sartre *(Los caminos de la libertad, Las manos sucias)* y Camus *(Calígula, La peste, Estado de sitio, Los justos)* publicaron, o estrenaron, entre 1945 y 1950, y sobre los que giró también la literatura italiana, o parte de ella, y desde luego, los ensayos literarios y políticos de Pavese, Silone y Vittorini de aquellos mismos años. Que tuvieron, además, un complemento adicional: la atención que el neorrealismo italiano prestó al sufrimiento y a la miseria de la gente humilde y trabajadora (en novelas como *Cristo se detuvo en Éboli*, 1945, de Carlo Levi, y *Crónica de pobres amantes*, 1948, de Vasco Pratolini, y en filmes como *Roma, ciudad abierta*, 1945, y *Paisa*, 1946, de Rossellini; *El limpiabotas*, 1946, y *Ladrón de bicicletas*, 1948, de De Sica, y *La terra trema*, 1948, de Visconti) reforzaba la tesis que hacía de la revolución la gran (y única) opción moral de la posguerra.

La cultura que surgió en la posguerra es la de un mundo que carece de imperativos morales claros e indiscutibles

Desde esa perspectiva, muchos intelectuales franceses e italianos (Aragon, F. Joliot-Curie, Fernand Léger, Pierre Daix, Paul Éluard, el propio Picasso, Jean Kanapa, Edgard Morin, G. Sadoul, Roger Garaudy, L. Casanova; Cesare Pavese, Guttuso, Giaime Pintor, Inazio Silone, Elio Vittorini, Emilio Sereni, Lombardo Radice) militaron en el partido comunista y apoyaron y exaltaron a la Unión Soviética de Stalin y Beria. En *Humanismo y terror* (1947), Merleau-Ponty, un *compañero de viaje* que luego rompió con los comunistas, salió al paso de la demoledora crítica que en su novela *El cero y el infinito*, publicada en 1940 pero traducida al francés en 1945, el escritor británico (húngaro de nacimiento) Koestler había hecho del régimen soviético, y justificó la represión estalinista como justicia revolucionaria, y el marxismo, como un humanismo eficaz y una fuerza histórica de liberación. Sartre mismo, aunque inicialmente criticado en medios comunistas, actuó en la práctica (hasta 1956) como un aliado leal del partido comunista, en razón de su idea del compromiso político como necesidad inherente a la libertad intelectual (lo que causó, entre otras cosas, su ruptura con Camus, un escritor obsesionado por la idea moral de justicia que, por eso mismo, rechazó pronto el comunismo, y de forma explícita, en *El hombre rebelde*, 1951).

Los dilemas morales del compromiso político y del comunismo fueron, con todo, una preocupación casi exclusivamente francesa e italiana. En el Reino Unido y en Estados Unidos, pasada la efímera atracción que pudieron tener en los años treinta, el partido y las ideas comunistas carecían de influencia, peso político y prestigio o académico o ético. De hecho, el pensamiento anglosajón de la posguerra retomó una de sus cuestiones morales y políticas más clásicas y definidoras: la defensa de la libertad individual frente al Estado, en este caso, años 1945-1950, frente a las desviaciones totalitarias del Estado intervencionista y socialista. Ése fue el tema de *Camino de servidumbre* (1944), del economista Hayek; de *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945), del filósofo Karl Popper; de la novela ya citada de Koestler *El cero y el infinito*, y de *1984*, la utopía negra de un mundo futuro gobernado por el totalitarismo comunista que escribió George Orwell en 1949. Significativamente, la personalidad más prestigiosa de la intelectualidad británica, Bertrand Russell, sentía, en contraste con Sartre y Merleau-Ponty, verdadera aversión por el comunismo: antes de 1950, año en que empezó a preocuparse por el peligro de las armas nucleares, incluso se manifestó a favor, en más de una ocasión, de una guerra preventiva contra la URSS. Orwell, la conciencia moral de la izquierda de su país, satirizó la revolución en su desternillante *Rebelión en la granja* (1945).

La mejor literatura británica y norteamericana de la posguerra fue intensamente moral, pero raramente ideologizada o política. *Retorno a Brideshead* (1945), de Evelyn Waugh, evocaba el mundo de la aristocracia y se adentraba en extrañas preocupaciones teológicas. *La víctima* (1947), de Saul Bellow, era una novela sobre el antisemitismo. *Bajo el volcán* (1947), de Malcolm Lowry, recreaba, a través de la trágica historia de un alcoholizado cónsul inglés en un pueblo mexicano, el tema fáustico de la autodestrucción y de la condenación. *Desnudos y muertos* (1948), de Norman Mailer, era una clásica y dura novela de guerra. En *El revés de la trama* (1948), la historia de un oficial colonial británico en un país africano, Graham Greene planteaba las contradicciones morales que la fe impone sobre la conducta de los católicos. Las dos mejores obras del teatro norteamericano de la posguerra eran, respectivamente, un estudio sobre la tensión sexual *(Un tranvía llamado deseo*, 1947, de Tennessee Williams) y el análisis de un fracaso personal *(Muerte de un viajante*, 1949, de Arthur Miller), aunque las dos tuvieran obvias connotaciones sociales. El contraste entre el cine norteamericano —que entre 1945 y 1950 produjo un buen número de obras maestras: *La pasión de los fuertes* y *La legión invencible*, de John Ford; *Río Rojo* y *El sueño eterno*, de Hawks; *Un día en Nueva York*, de Donen; *Qué bello es vivir*, de Capra; *La costilla de Adán*, de Curtiz; *La dama de Shanghai*, de Orson Welles; *La jungla de asfalto*, de Huston, y otras— y el cine europeo (el italiano, citado más arriba, por ejemplo) era igualmente significativo: el norteamericano, tomado en su conjunto, proyectaba o una visión dulce y amable de la vida (musicales, comedias) o una épica de justicia *(westerns* y *thrillers)*.

Un legado moral complejo —el heroísmo de la guerra y la resistencia y la victoria sobre la agresión nazi, pero también el horror de Auschwitz e Hiroshima— había generado, pues, una cultura igualmente compleja y aun, como quedó dicho al principio, moralmente contradictoria y problemática. Era una cultura sin certidumbres éticas y estéticas (salvo en la URSS, donde la cultura, controlada desde 1946 por el tercer secretario del partido, Andrei A. Jdanov, quedó sometida a la línea oficial y fue un mero y espurio instrumento de propaganda ideológica). Era la cultura que correspondía a un mundo también sin imperativos morales claros e indiscutibles.

En 1921, el ensayista alemán Georg Simmel había escrito que la aspiración a un arte completamente abstracto nacía "del sentimiento de que la vida es imposibilidad y contradicción". Tal vez por eso, el hecho artístico más significativo de la posguerra fuese el expresionismo abstracto norteamericano (término acuñado en 1946), la pintura de Pollock, Rothko, Hofmann, Motherwell, Kline y De Kooning. El crítico Frank O'Hara dijo que Pollock era un artista "torturado por la duda y atormentado por la ansiedad", y Harold Rosemberg definió la pintura de Rothko como "mística", y comparó el expresionismo abstracto con un movimiento religioso. De ser eso así —y en muy buena medida los críticos citados acertaban—, el hecho era en extremo revelador. Tanto más cuanto que el expresionismo abstracto fue una creación de Nueva York, y Nueva York era ya en 1945, por muchas razones, más que el París de Sartre, el epicentro mundial de la vida literaria y artística. □

Dalí y las 26 calaveras

El pintor de Figueres consideró que *El rostro de la guerra*, óleo que pintó en 1940, es una calavera que incluye, al menos, a otras 23, más el reflejo de dos. La obra se expone en Rotterdam.



DESEMBARCO EN NORMANDÍA

Se esperaba un desembarco de los aliados en Europa y se especulaba por donde se produciría. Eisenhower ordenó que se efectuaran preparativos falsos por la zona de Dover. El 6 de junio de 1944, el desembarco se produjo en Normandía. Los ayudantes de Hitler, que siempre trabajaba por la madrugada, no se atrevieron a despertarle hasta bien pasado el mediodía.



ALTA PRES

Operación Oro con luna llena

En la ilustración aparece el aspecto del desembarco en el pueblo Le Hamel, próximo a Arromanches en el sector denominado en clave Gold (Oro). El XXX Cuerpo de Ejército británico se encontró con una gran oposición.

1. Todas las casas del pueblo eran un acuartelamiento de tropas alemanas.

2. Muro defensivo especial con profusión de artillería pesada.

3. Minas explosivas impedían el acceso a la playa.

4. En la operación global participaron 4.266 buques y barcazas. Se arrojaron 7.616 toneladas desde 2.219 bombarderos. Otros 2.395 aviones y 867 planeadores lanzaron paracaidistas tierra adentro. Había luna llena.



El regreso al continente
Un milenio después de que los normandos cruzaran el canal de la Mancha e hicieran de Inglaterra una nación civilizada, los aliados recorrieron el camino inverso para liberar Francia del III Reich. En las imágenes, los norteamericanos desembarcando en Normandía y con una esvástica como trofeo. Eisenhower estudia la invasión.

COLECCIONABLE
Página/12

MEMORIA DE LA II GUERRA MUNDIAL

1939 1945

LOS AUTORES

Raymond Carr.
Historiador, autor, entre otros libros, de *España 1808-1939* y *La tragedia española.*

J.P. Fusi.
Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense.

Charles T. Powell.
Historiador. Autor de *El piloto del cambio*, un estudio sobre la transición española.

Jon Juaristi.
Catedrático de Historia de la Literatura de la Universidad del País Vasco.

Elena Hernández Sandoica.
Profesora de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense.

Walther L. Bernecker.
Historiador, profesor de la Universidad de Nüremberg.

Gordon Daniels.
Profesor de Historia del Japón de la Universidad de Sheffield.

Javier Tusell.
Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad a Distancia.

Enrique Moradiellos.
Profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Extremadura.

Francisco Calvo Serraller.
Catedrático de Historia del Arte de la Universidad Complutense y crítico de arte de EL PAÍS.

Jesús García de Dueñas.
Historiador y director de cine. Autor de *¡Nos vamos a Hollywood!*

Gabriel Jackson.
Historiador y autor de *La II República Española y la guerra civil.*

Paul Preston.
Catedrático de historia en la London School of Economics. Autor de *Franco. `Caudillo de España´.*

Hermann Tertsch.
Subdirector de Opinión del diario EL PAÍS y autor del libro *La venganza de la historia.*

PROTAGONISTAS
DE LA II GUERRA MUNDIAL

1939
1945

ROOSEVELT



Un gran líder, inteligente, pero de ideas superficiales y conocía mal la historia

Desde que empezó la Segunda Guerra Mundial, Churchill, el *premier* británico, estuvo convencido de que, antes o después, el Nuevo Mundo, Estados Unidos, iría al rescate y liberación del Viejo Mundo, como dijo en los Comunes el 4 de junio de 1940. Churchill acertó. La entrada de Estados Unidos en la guerra (diciembre de 1941) decidió la contienda. Ello se debió en buena medida al liderazgo de su presidente, Franklin D. Roosevelt, encarnación casi perfecta de las cualidades de dinamismo, energía, optimismo, idealismo y sentido del destino que el estereotipo atribuye (o atribuía) al pueblo norteamericano.

Y, sin embargo, Roosevelt, un patricio neoyorquino, pariente del anterior presidente Roosevelt, Theodore (y casado con una sobrina de éste, Eleanor), licenciado en leyes por Harvard, subsecretario de Marina entre 1913 y 1920, ex gobernador de Nueva York (1928-1932) y presidente de su país desde 1933, fue un hombre contradictorio y enigmático. Ciertamente, irradiaba optimismo y confianza, tenía un gran encanto personal (que no perdió pese a quedar paralizado de las piernas por la poliomielitis desde 1921) y era excepcionalmente intuitivo e inteligente. Pero era un hombre de ideas superficiales y simples (Dios, la democracia americana, la lealtad, el honor, el servicio a la nación), un hábil y hasta cínico manipulador de amigos y colaboradores políticos, carecía de preocupaciones intelectuales y conocía mal la historia y el mundo.

Cuando llegó a la presidencia, en 1933, carecía de programa. El New Deal, su respuesta a la gravísima crisis económica y social que Estados Unidos atravesaba desde 1929, fue una gran improvisación. Pero su liderazgo y optimismo fueron providenciales. Devolvieron al país la confianza en su capacidad y en su futuro. Ello fue importantísimo, y no sólo para Norteamérica: la recuperación hizo posible que Estados Unidos fuera el "arsenal de la democracia" durante la Segunda Guerra Mundial.

A partir de 1941, el liderazgo de Roosevelt inspiró y sostuvo el extraordinario esfuerzo norteamericano en la guerra. En ésta, dejó todas las decisiones estratégicas en manos de los militares: el general Marshall, el almirante King —sus dos hombres de confianza—, Eisenhower, Nimitz, Bradley, MacArthur, Leahy. Pero le correspodieron, lógicamente, las grandes decisiones políticas (en las que le ayudó, sobre todo, su asesor Harry Hopkins): dar prioridad a la guerra contra Alemania (y no contra Japón), una decisión poco lógica desde la óptica norteamericana; llevar la guerra en 1942 al Mediterráneo, antes que al norte de Francia, opción discutible desde muchos puntos de vista; optar en 1944 por el desembarco en Normandía, frente a la tesis de Churchill de actuar contra Alemania desde el Mediterráneo (Italia, los Balcanes).

Roosevelt forjó una gran amistad con Churchill, base de la alianza británico-norteamericana en la guerra. De hecho, dio particular importancia al mantenimiento, a cualquier precio, de la unidad política de los aliados —la URSS incluida—, incluso si ello supuso en ocasiones concesiones a Stalin, el legado más controvertido de Roosevelt. En la conferencia de Teherán (diciembre de 1943), pareció admitir, a cambio de la ofensiva del Ejército Rojo sobre Alemania, que la región báltica y el este de Europa pudieran ser zonas de influencia soviética; en Yalta (febrero de 1945), Stalin impuso sus tesis sobre la ocupación de Alemania y sobre las fronteras entre la URSS y Polonia y entre ésta y Alemania; logró, como contrapartida a su aceptación del nuevo organismo internacional, que Ucrania y Mongolia tuvieran voto propio en la futura ONU, y consiguió que se le entregaran las islas Kuriles y una zona de ocupación en Corea (cuando la URSS no había entrado aún en guerra contra Japón, aunque prometió hacerlo precisamente en aquella conferencia).

Roosevelt aceptó todo ello (Churchill, en cambio, veía con alarma el expansionismo soviético) porque su idealismo le hizo creer que el mundo de la posguerra —que pensaba que sería un mundo democrático y libre— podría vivir en paz sobre la base de las Naciones Unidas. Fue el único presidente norteamericano en la historia elegido para cuatro mandatos. No pudo completar el último, ni ver el triunfo de los aliados: murió de un derrame cerebral (en brazos de una amante secreta) dos meses antes de terminar la guerra. / **Juan Pablo Fusi**

Página/12
MEMORIA DE LA II GUERRA MUNDIAL

Dirección de la obra: Juan Pablo Fusi.
Coordinación general: Santiago Pérez Díaz.
Asesora gráfica: Teresa Pellicer.
Maquetación: Francisco José Fidalgo.
Infografía: Altapres.

Edita: Diario El País, SA.
Miguel Yuste, 40, 28037 Madrid (España).
Teléfono 337 82 00. Télex 42187.

Archivos fotográficos: Aisa, Barcelona. Oronoz, Madrid. Top Stock/Index y Bridgeman/Index, Londres. Scala, Florencia.

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723 ISBN 987-915-24-X.

Impreso en IPESA, SA.
Buenos Aires, Argentina.

Este fascículo forma parte de la edición del diario *Página/12* del domingo.

Queda prohibida su venta en forma separada.